palabras

NARRATIVA

CHIYO UNO

El dulce amor de los suicidas

La escritora japonesa desafió con 'Confesiones de amor' las reglas del matrimonio. Su historia va de la pasión a la indiferencia, de la comedia de enredo a la novela de aventuras. Pero es distinta a todo

POR **ALOMA RODRÍGUEZ**

En 1929, la escritora de novelas cortas, diseñadora de kimonos y editora de su propia revista, *Stylus*, Chiyo Uno (1897–1996) fue a entrevistar al pintor Seiji Togo, un famoso pintor japonés. Uno estaba interesada en una historia de amor con final infeliz en la que el pintor y su amante se habían intentado suicidar. Togo sobrevivió, pero la chica no. Uno fue a conocerlo y a escuchar la historia de boca del protagonista. Se acostaron en el mismo sofá en el que los amantes se habían suicidado, Uno dijo que aún estaba manchado de sangre. Togo y Uno vivieron juntos durante cinco años. Chiyo Uno publicó la novela inspirada por ese relato, *Confesiones de amor*, por entregas en la revista literaria *Chuo Koron* entre 1933 y 1935. El conjunto, en original, no pasaba de las 150 páginas. Ese primer encuentro y esa atracción irresistible, del que seis décadas después Uno dijo «caímos uno encima del otro como animales», no aparece en *Confesiones de amor*, traducido al español en 1992 y publicado entonces en Literatura Random House y ahora recuperado por Alpha Decay.

Joji Yuasa es el trasunto de Seiji Togo, y cuenta sus historias amorosas con jovencitas, después de una primera frase introductoria: «No sé por dónde empezar, dijo, y tras reflexionar un instante, comenzó a contar la historia lentamente». Lo que viene a continuación es el relato en primera persona de sus encuentros, enamoramientos más bien efímeros y encaprichamientos de jóvenes. Yuasa, como Togo, es pintor. Ha pasado mucho tiempo en el extranjero, vuelve a Japón, donde dejó mujer e hijo. Su familia está rota, el vínculo se deshizo hace mucho. Con el divorcio en trámite, pero bloqueado por diversas razones –entre ellas la más poderosa y paralizante, la falta de dinero– irá encadenando aventuras de diverso calado y naturaleza. Ninguna de las chicas tiene más de 21 años. La primera, Komaki, le manda cartas a diario para citarle con la puntualidad de un reloj suizo. Él, seducido tal vez por su propia vanidad, acude. Unos días después, ella le llevará a un hotel. La decisión de ella le gusta: «Lo que estás haciendo –le dice– es lo que hacen los hombres. Se supone que tendría que hacerlo yo». Una vez ella se deshace del kimono, «su cuerpo, libre de toda prenda, era inusitadamente sensual. Mirándola vestida, habría sido imposible soñarlo siquiera, pero la suavidad de su piel blanca me hizo sentir que, si la tocaba, la mano se me quedaría pegada a su piel, sin poder apartarla nunca más. Probablemente, ella era consciente de ello. Y tal vez supiese que podía cautivar el corazón de cualquier hombre que la viera desnuda». El encuentro es más violento que sexual, en lugar de besos hay mordiscos, arañazos y forcejeos entre ambos: «De repente dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Al mirarla, vi que un hilillo de sangre se deslizaba por las comisuras de sus labios pálidos».

Después, Tsuyuko, «de una belleza viva parecida a una flor que acabara de florecer», amiga de Komaki, será lo único que importe para el pintor. La seguirá donde ella vaya, a pesar de la oposición familiar, a pesar de no haber resuelto aún su divorcio, a pesar de no haber consumado nunca ese amor. La familia de Tsuyuko tiene otros planes para ella: casarla. Los enamorados tratarán de fugarse en dos ocasiones. El narrador y protagonista tratará de reponerse de la ausencia de Tsuyuko enredándose con otra joven, Tomoko, cuya enfermedad, tuberculosis, acelerará un matrimonio en el que los dos entran sin demasiadas ganas y con falsas expectativas.

Confesiones de amor es una comedia romántica con un poso de tragedia. A veces recuerda a los tejemanejes de *Las amistades peligrosas*, a veces, a las comedias de enredo *shakespearianas*, con sus engaños y confusiones. A veces, hace pensar en *Ensayo de un crimen*: como en la película de Buñuel, aquí las cosas que suceden suceden más en la cabeza del protagonista y narrador que de verdad. Pero es sobre todo una novela de acción: todo el rato están pasando cosas, los personajes viajan de una ciudad a otra de Japón, van de estación en estación, van en tren o en barco, y se desplazan constantemente como si todo el rato estuvieran persiguiendo algo, tal vez el amor, tal vez la satisfacción. El movimiento de los personajes es un reflejo de la volatilidad amorosa del protagonista, cuyos afectos y pasiones cambian con facilidad y sin ningún tipo de dramatismo: del amor arrebatado a la indiferencia, de un sentimiento de desamparo a una cómoda estabilidad, de ahí, al vacío existencial. Justifica su alma caprichosa por la ausencia de familia, pero no ha sido capaz de mantener unida la suya.

Enterrada entre los líos amorosos está esa historia: «Luego había nacido el niño. Era precioso. Era tan guapo que al mirar la sonriente cara del pequeño envuelto en la caperuza blanca, había pensado que por él no me hubiera importado trabajar toda mi vida sin separarme de mi fiambrera de aluminio. Sentía una gran alegría de vivir». Pero ese amor incondicional no se mantendrá en la distancia: «Sin embargo, a mi regreso a Japón, Matsuyo y mi hijo habían cambiado tanto que parecían haberse convertido en dos personas distintas. El niño de la caperuza blanca ya había cumplido nueve años y me miraba con desconfianza chupando caramelos baratos. […] Quizá no habían tenido otra alternativa que cambiar de aquella forma mientras aguardaban mi regreso. No sé cuántas veces reflexioné sobre ello. Pero en algún momento había dejado de quererlos».

Y así, poco a poco, la novela va abandonando el camino de las peripecias amorosas, los besos furtivos, los abandonos y los celos para adentrarse en un camino un poco más oscuro y tormentoso: el de los amantes despechados que se suicidan, el de la falta de dinero, el de la desesperación, que llega sin avisar y sin hacer ruido, pero cuando aparece, ya está completamente instalada. Al repasar la novela, una vez descubierto el final, es posible recuperar las pistas dejadas a lo largo del relato: la sangre aparece desde el principio, la violencia está unida al amor o al menos a la pasión, e incluso está la descripción del escenario del suicidio de un amigo («los salpicones de sangre, que parecían haber sido esparcidos con un pulverizador, habían alcanzado una distancia que nunca hubiera creído que fuera posible; era una escena terriblemente macabra»). Es decir, de manera sutil y sin dejar apenas huella, los elementos para la tragedia amorosa estaban servidos. La pericia de Chiyo Uno no solo reside en la disposición de estos, también en el manejo de la tensión narrativa y las tramas y en la capacidad para combinar el desarrollo de la acción con las imágenes en las que el tiempo parece detenerse.

> Lo que ocurre pasa más en la cabeza del protagonista que de verdad, como en 'Ensayo de un crimen', de Luis Buñuel

CONFESIONES DE AMOR
CHIYO UNO
224 págs. Alpha Decay. 19,90€. Trad: Junichi Matsuura y Lourdes Porta